



Así como la ves...

(Obra en un acto)

Flavio González Mello

PERSONAJES:

El Estudiante

Señor

Madre

Merolico del reloj

Pasajeros

Merolico del acordeón

Cantor

Faquir

Albañil

Los otros Merolicos

Maestro de obras

Policías

Taquero

Señora

Intelectual

Asaltantes (dos)

Tragafuego

Maestro

Anciano

Director

Transeúnte

Chavas y Chavos *de secundaria en general*

Todos estos papeles serán interpretados por actores comodines. El número de actores es totalmente flexible y será establecido conforme a las necesidades específicas del director.

Respecto a los vestuarios y la utilería, son mínimos, o, si así se prefiere, nulos. Basta con una barba postiza y una sábana maltrecha para ser el FAQUIR, o una macana y una gorra azul para los POLICIAS. Los vestuarios de los actores consistirán en su propio uniforme o ropa, directamente sobre el cual se colocarán, en el momento mismo de utilizarlos, los improvisados vestuarios que los caractericen. Para la utilería son necesarios únicamente un poco de papel y un par de sillas. La escenografía se puede eliminar totalmente.

MUY IMPORTANTE: Esta obra fue creada pensando en su representación al aire libre, en el patio de la escuela. De esta manera, se podrán olvidar por completo los problemas materiales y centrarse de lleno en el actor; además, seguramente al aire libre la representación ganará una mayor frescura y libertad, y sobre todo, la relación con el espectador se enriquecerá notablemente. Sin embargo, si se cuenta con un toro y se quiere representar ahí, se puede adaptar para tal efecto, y tal vez se pueda enriquecer con el uso de iluminación y sonido. Queda a juicio del director.

Para iniciar la representación, los actores se ponen a hacer bullicio alrededor del lugar donde se escenificará la obra, tocando tambores, cornetas, campanas, etcétera, a la vez que pregonan cosas como:

CHAVOS.—¡Vengan, vengan todos a ver y oír, a llorar y reír con el espectáculo que nada les costará y mucho los entretendrá! ¡Vengan, acérquense! No se van a arrepentir: ¡se van a divertir!

La idea es que los actores jalen al público al lugar donde van a actuar, una vez que logran esto, deben cuidar que la gente se reúna formando un

círculo a su alrededor, en el centro del cual quedará un claro lo suficientemente amplio para permitirles la acción durante toda la obra. Cuando juzga que es el momento, UN CHAVO penetra al círculo de actuación jugando fútbol con una pelota. Inmediatamente, varios CHAVOS lo reprimen.

OTRO CHAVO.—¡Pérate, hijo! ¡No jales!

OTRO.—¡Calmado, mano!

CHAVA.—¿No ves que van a presentar una obra?

UN CHAVO.—¿Dónde? ¿Aquí?

Cada uno a su manera, los Otros Chavos asienten.

UN CHAVO.—*(Incrédulo)* ¡Aaaaaaaaaah...!

OTRO.—¡Sí, hijo! ¿Pues qué no te habías enterado?

UN CHAVO.—¿Una obra de qué, o qué?

OTRA.—Pos dizque de un chavo, que no sé qué...

UN CHAVO.—*(En las mismas)* ¡Mmmmmmm...! *(Ve, curiosa, el montón de utilería que hay a un lado)* ¿Y esto qué, es para la obra?

OTRO.—El...

OTRA.—Pus yo creo...

El Chavo comienza a inspeccionar la utilería, sin hacer caso a los comentarios de los Otros.

OTRO.—¡¿Qué haces?!

OTRA.—¡No, pérate!

OTRA.—¡No jales!

Así, encuentra una máscara y, divertido, se la pone. Luego examina, curioso, una manta. Nuevamente lleva la mano al montón de utilería, pero ahora retrocede con una exclamación y un escalofrío, luego de haber tocado un bulto blandito, que se mueve por unos momentos. Lentamente, los Chavos se acercan. Cautelosamente, Otro Chavo toca con un palo el extraño bulto;

éste se vuelve a mover por unos momentos, y, finalmente, unos brazos se estiren. Ante el azoro de los Chavos, aparece debajo de la utilería, despertándose, bostezando mucho y estirándose pronunciadamente, el Estudiante. En un principio, tan ocupado como está en despabilarse, no parece percatarse de la presencia de los Chavos; éstos, en cambio, no salen de su confusión.

UN CHAVO.—¿Y éste, tú ?

OTRA.—Sepa...

Al unísono

OTRO.—No tengo idea

OTRO.—Quién sabe, tú

Continúen observando, perplejos, al Estudiante, quien al notar su presencia no se asombra demasiado y los saluda, sonriente. Todavía con algún esfuerzo, se para, se desempolva y se da una rápida, vigorosa —e inservible— peinada. Entonces, pide la hora a un espectador. Cuando la obtiene, se da cuenta de que es tarde.

ESTUDIANTE.—¡La escuela...!

Apurado, toma de entre los vestuarios y la utilería un libro y un par de cuadernos, en muy mal estado por el uso. Hace la mímica de salir, apresurado, de su casa, no sin antes darle un beso a una de las azoradas actrices, a la vez que le dice:

ESTUDIANTE.—¡Nos vemos, má...!

Mientras se pone a caminar alrededor del círculo de actuación como si fuera por la calle, los actores se encogen de hombros y, excepto aquellos que participarán en la siguiente escena, salen. Uno de ellos saca de su bolsillo, desdobra y coloca entre sus dos manos un letrero que señala la parada del

camión. Los demás Chavos se reúnen a su alrededor. El Estudiante se dirige a la parada y se sienta en el suelo, un poco separado del grupo. Abre uno de sus cuadernos y se pone a estudiar, leyendo fragmentos y repitiéndoselos silenciosamente para memorizar. De pronto, una Chava que personifica a una mamá regañona sale del grupo, apurada, y se dirige al Estudiante.

MADRE.—¡Ay, ya no te soporto, con tus chillidos! ¡Me vas a dejar sorda!... ¡Y no se meta los dedos a la nariz, cochino! Mira, si no te portas bien, cuando venga el camión y se pare va a salir el coco y te va a llevar, ¿eh?, y yo no te voy a ayudar, ¿eh? ¿Quieres que te lleve el coco?... *(Cambia radicalmente su actitud. Muy dulce)* ¡Ay, ya sabes que no me gusta gritarte, pero es que luego te portas... ¡ay!... Ya, ya, no llore, que su mamita le va a comprar una paleta. ¿Quieres una paleta?... ¡Mira, mira que ahí viene ya el camión!... Ya, ya... *(Lo besa cariñosamente)*

Todos los que esperan el camión, al oír las últimas palabras de la Madre, voltean, esperanzados, hacia donde debería de venir el camión; algunos, incluso, levantan la mano para hacer la parada y se preparan a subir. Cuando se dan cuenta de la artimaña, readoptan su posición original, enojados. La Madre se reintegra el silencioso grupo. El Estudiante, sin salir de su confusión, regresa a su cuaderno. Pasa algún tiempo y el camión no llega. Mientras tanto, más actores se unen al grupo, que crece notablemente en tamaño. Por fin, como si hubieran visto al camión acercándose, Todos levantan la mano para hacer la parada, y se comienzan a preparar para la subida; el Estudiante recoge rápidamente sus cosas y se incorpora al grupo, que entre gritos, exclamaciones, písotones y muchos empujones avanza algunos pasos, en bloque. De pronto, la masa se hace compacta hasta lo humanamente posible y, como si el camión se pusiera en marcha, los Pasajeros se balancean hacia todos lados, quedando a veces en ángulos muy

pronunciados, pero siempre como un solo bloque. Los ruidos del camión pueden ser imitados por los mismos actores: el motor, más fuerte hacia atrás, los frenos o el claxon, adelante; de atrás emerge una cartulina negra, que asemeja al humo del escape. De vez en cuando, el Estudiante logra —a Costa de los demás— sacar la cabeza y tomar un poco de aire, pero la gente se lo vuelve a tragar inmediatamente. En la siguiente parada sube el Cantor, quien, al reactivarse la marcha del Camión, comienza a avanzar —cosa por demás casi imposible— entre los Pasajeros, a la vez que tararea un ritmo ranchero y dice algunas palabras de una canción, mezcladas con las exclamaciones con las que se abre paso. Es todo menos atinado.

CANTOR.—¡Chuntata chuntata chuntata chuntata!... "te conocí"... ¡chuntata —compermiso por favor— chuntata chun —si es tan amable— tata —gracias— chun... "amor"... ¡chuntata chunta —¿plis, no?— ta chuntata!... "calor". . . ¡chuntata chuntata ch —¡ora, pos se lo estoy pidiendo por favor!— chunteta chuntata!... "enamorado de ti" ... ¡tata chun tata chun! ¡Tan tan!

Cuando termina, pide su cooperación a los Pasajeros; hecho esto, echa un silbido, con lo que el Camión detiene su marcha. El Cantor, dando las gracias, sale del grupo y se pone a pedir su amable cooperación al Público. Muchas gracias. Gracias. Cuando termina, con las bolsas abultadísimas sonando a cada paso que case va. Cuando ha bajado el Cantor, el Camión reanuda su marcha. De pronto, previo claxonazo, el Camión frena bruscamente, como si chocara, con lo que el compacto grupo cae al suelo. Poco a poco, los actores se van incorporando y dispersando. Pronto sólo queda el Estudiante, quien también se incorpora.

ESTUDIANTE.—(Para sí, de mal humor) ¡Carajo, cómo me voy a echar a pie de aquí a la escuela...! ¡No a llegar nunca!... (A espectadores) Disculpe,

¿la Secundaria (dice el nombre de la escuela en la que se presenta la obra)?...
¿no?... Gracias...

Después de un par de respuestas negativas, intenta orientarse por sí solo. Le cuesta trabajo. Por fin, decide la dirección con un volado y, todavía de mala gana, emprende la marcha por el espacio actuable, como si fuera por la calle, esquivando gente, coches, empujones... Mientras tanto, entra un Chavo cargando una silla que coloca en el centro del escenario; se sube a ella, pone junto un letrero que dice: “Construimos el futuro”, se coloca un sombrero de periódico en la cabeza, y comienza a hacer la mímica de enladrillar una pared como si fuera un Albañil. De vez en cuando, mira nerviosamente hacia abajo, como si se hallara a una gran altura. El Estudiante se detiene a verlo desde el suelo, inclinando un poco el cuerpo y dando la impresión de que lo que está viendo se halla a gran altura. Entra el Maestro de Obras.

MAESTRO.—(Desde abajo) Ta bien, Luis, por hoy es todo. Na‘ más que mañana va a haber que chambearle duro, porque el arqui quiere los ochenta pisos con acabados y todo para el treinta... (Sale)

El Albañil abandona su labor y hace la mímica de bajar una gran distancia por una escalera de mano; el ángulo con el que el Estudiante ve al Albañil decrece conforme esto sucede. Finalmente, el Albañil baja fatigado de la silla y llega al suelo.

ESTUDIANTE.—Disculpe, ¿cómo llego de aquí a la calle de...? (Dice el nombre de la calle donde se ubica la secundaria)

ALBAÑIL.—(Mientras le hace complicadas indicaciones con las manos) Mira, agarras y te vas así, y luego doblas así, y te sigues asado hasta allá, y cruzas y tomas así, y subes hasta que llegas acullá; y luego caminas para acá y luego para allá, y como a cinco cuadras, ahí 'stá la calle...

ESTUDIANTE.—(*Confundido*) Aaaaah, bueno... Pues gracias, ¿eh?

ALBAÑIL.—SI, no hay de qué... (*Avanza algunos pasos y hace la mímica de abrir la imaginaria cerradura de una puerta horizontal que se hallara más o menos a la altura de sus rodillas, y de penetrar en una caja mediana, haciéndose extremadamente chiquito. A duras penas, vuelve a cerrar la imaginaria puerta*) ¡Ya! llegué, viejaaaaaaa...!

El Estudiante, después de ver la escena, sigue su camino, mientras algunos Chavos sacan al albañil en la posición en que, está. Uno de ellos toma el letrero de "Construimos el futuro" y lo voltea y se lo da a sostener a un espectador; del otro lado dice: "Solicito ayudante". Se pone a hacer, la mímica de preparar tacos al pastor. El Estudiante es atraído hacia él por el olor. Antes de comprar tacos, pregunta la hora a algún espectador. Cuando la obtiene.

ESTUDIANTE.—(*Confiado*) ¡Ah, sí me da tiempo...! (*Al Taquero*) Dos al pastor y un chesco, por favor.

El Taquero, hábil y rápidamente, lo sirve.

ESTUDIANTE.—¿Cuánto es?

El Taquero le indica vagamente hacia atrás. El Estudiante busca con la mirada y encuentra una imaginaria tabla de precios. Saca de su bolsillo un enorme billete y, desdoblándolo, se lo entrega al Taquero.

ESTUDIANTE.—¿Tiene cambio de billete grande...?

El Taquero, indiferente, corta un pedazo del enorme billete y se lo devuelve al Estudiante.

ESTUDIANTE.—Gracias.

El Taquero, por unos momentos, continúa con su labor. Luego, se coloca frente al espectador que sostiene el letrero y cuenta rápidamente a los espectadores del círculo, empezando por el que se halla junto al del letrero.

TAQUERO.—(*Mientras quita el letrero, a los espectadores*) Lo siento, pero siempre si puedo yo solo... (*Hace como si tomara una canasta*) ¿Unos tacos, tacos?... ¿Cuántos, joven, cuántos me dijo?... ¡Calientitos, calientitos los tacos!... (*Sale*)

Mientras tanto, el Estudiante se ha comido rápidamente sus tacos y bebido su refresco. Cuando está terminando, se percata del intelectual, quien ha entrado y se ha sentado en la silla, como si se hallara en un café. Se ha puesto a fumar un enorme cigarro y a leer un igualmente enorme volumen, interesado. Cuando lo ve, el Estudiante se acerca a él, ansioso.

ESTUDIANTE.—(*Débil, temiendo interrumpir*) ¿Qué tal ese libro?

INTELECTUAL.—(*Firme*) Muy bueno.

ESTUDIANTE.—Ah... ¿Qué dice?

INTELECTUAL.—(*Lee rápidamente la contraportada. Con tono erudito*) "Vistowsky plantea, de una manera clara, compleja e inteligente, los conflictos psicomotrices inherentes al género humano, en esta obra que constituye, indudablemente, piedra angular en el pensamiento filosófico materialista".

ESTUDIANTE.—(*Sin haber entendido nada*) ¡Aaaaaaaaah...! (*Ve, ansioso, la cajetilla de cigarros. En voz baja, nervioso, muy rápidamente*) Oye, ¿no me regalarías un cigarrito?

El Intelectual hace una afirmación vaga, mientras reanuda su lectura. El Estudiante, indeciso, furtivo, toma uno de los enormes cigarros que el Intelectual tiene junto a sí y lo esconde como puede debajo de su suéter.

ESTUDIANTE.—Bueno, gracias... (*Se va, apresurado*)

El Intelectual no le hace caso, absorto como se halla en su lectura. Con un gesto indiferente, tira el enorme volumen hacia atrás y continúa leyendo la fotonovela que se hallaba dentro. Con todo y silla, lo sacan algunos Chavos,

sin lograrlo distraer de su lectura. Mientras tanto, el Estudiante busca algo en sus bolsas; como no lo encuentra, se pone a pedir fuego a los espectadores, nervioso y furtivo. Entra el Tragafuego y se pone a hacer la mímica de escupir luego. El Estudiante, después de una cadena de espectadores, llega a él y le pide luego. El Tragafuego responde escupiendo fuego; el Estudiante aprovecha y saca rápidamente y enciende su cigarro.

ESTUDIANTE.—Gracias... *(Se va a un rincón, medio escondiendo su cigarro)*

El Tragafuego le responde con un gesto y reanuda su labor, quedándose congelado en la acción de escupir el fuego. Mientras tanto, el Estudiante se pone a fumar en el rincón, siempre nervioso. De pronto, un actor que representa a un Anciano lo toma del brazo. El Estudiante, asustado, deja caer su cigarro y lo apaga y medio esconde rápidamente con el pie.

ANCIANO.—*(Habla siempre lenta, obsesivamente. Tose frecuentemente)* Cuando yo era chamaco como tú, la ciudad no era... no era así. Los camiones no... no... no habían. Eran trenes. Con mulitas. Mulitas. Las mulitas los... los jalaban, y así caminaban... y uno se subía arriba, y uno así viajaba ... No había... *(No termina su frase, roncando sonoramente)*

El Estudiante no sabe cómo zafarse. Por fin, con mucho cuidado, logra liberar su brazo sin que el Anciano caiga, manteniéndolo de pie en el equilibrio exacto. Se va. Mientras tanto, el Tragafuego se descongela y toma vigorosamente de la cintura y carga al hombro al Anciano, sin que éste despierte. Sale. El Estudiante continúa caminando y vuelve a orientarse. Un poco adelante, lo detiene un Transeúnte.

TRANSEUNTE.—¿E da tooa?

ESTUDIANTE.—¿Mande?

TRANSEUNTE.—¿E ie da tooa!

ESTUDIANTE.—¿Perdón?

TRANSEUNTE.—¡¿E oas on?!

ESTUDIANTE.—¡¿Qué?!

TRANSEUNTE.—¡¡Que si me da tuora pofavor!!

ESTUDIANTE.—¡Ah...! No sé, no tengo reloj ...

El Transeúnte sigue su camino. El Estudiante comienza a preocuparse.

Le pregunte a un Señor entre el público.

ESTUDIANTE.—¿Me da su hora por favor?

SEÑOR.—Sí, cómo no, son... *(ve su reloj)* las horas del panzón... *(ríe estúpidamente. Ante la confusión del Estudiante)* No, ya en serio, son... *(vuelve a ver su reloj)* ¡las mismas horas que ayer a estas horas!... *(Vuelve a reír)*

ESTUDIANTE.—Por favor, ¿no?

SEÑOR.—¡Oh, pero si ya te dije que es un cuarto para el ratito!...

Desesperado, el Estudiante se va y deja riéndose solo al Señor, que pronto sale.

ESTUDIANTE.—*(Desesperado)* ¡Carajo, yo sólo quiero saber si ya se me hizo tarde para llegar a la escuela! ¡¿Es que no hay nadie que me pueda decir la hora?!

Entra, intempestivamente, un Merolico.

MEROLICO.—¿Quiere saber la hora, ser puntual en todos sus compromisos y poder administrar inteligentemente su precioso tiempo?... ¡Pues es el momento de comprarse un finísimo reloj Ecronómico, que le indica digitalmente la hora local, la fecha y la hora en Timbuctú!... *(Se lo muestra)*

El Estudiante te hace gesto de que no trae dinero.

MEROLICO.—¡Pero es que además, tiene calendario integrado, cronógrafo para cienmilésimas de segundo, tres alarmas... ¡

ESTUDIANTE.—*(Zafándose como puede)* Orita no puedo, gracias... *(Se aleja)*

Sin perder un minuto más, el Merolico se va a encajarle su mercancía a algún espectador que tal vez sí traiga la lana para comprarla. Mientras tanto, van rodeando al Estudiante los Merolicos, que se dirigen al público.

OTRO MEROLICO.—¡Vengan a ver al único hombre que hace llover!

OTRO.—¡Millones de amas de casa usan ya su pulgómetro en sus animales! Para el perro, el gato, el canario.

OTRO.—¡Traiga su cuchara para que se la doble con el poder de la mente!

OTRO.—¡Averigüe su futuro, comprenda su pasado con los periquitos que leen la fortuna!

OTRO.—¡Todo para sus canguros hindús!

OTRO.—¡Los perros amaestradoooooos!

Abriéndose paso entre este ensordecedor ambiente, el Estudiante se incorpora al público y se pone a observar a un Merolico.

MEROLICO.—Estudiante, ¿tienes problemas para pasar el año?... ¡yo te tengo la solución! Directamente traído del Norte... porque, no les estoy mintiendo, yo tengo un primo allá que me manda directamente las cosas... Directamente traído del Norte, el producto más útil y sensacional del año: el nuevo Acordeónic tres mil. Sí, oíste bien: el nuevo Acordeónic tres mil, único aparato capaz de brindarte seguridad y rapidez en tus exámenes. Su fácil y práctico manejo te permite encontrar en un abrir y cerrar de ojos el dato que necesitas. Para tu mayor comodidad, viene a escoger en cinco diferentes tamaños, desde el "Semanal" hasta el "Profesional". *(Enseño viles acordeones*

de papel) Y además, en la compra de cada par de Acordeónics, yo te voy a regalar una finísima Micropluma, (*enseña una pluma extremadamente pequeña*) para que puedas utilizar tu nuevo tesoro. ¡Y todo esto, por el increíble precio de dos mil quinientos pesos!... ¿Quieres ser el Rey del Salón?

¡Adquiere ahora mismo tus Acordeónics tres mil!... ¿cuántos, cuántos?...

El Estudiante levanta inmediatamente la mano y le compra y se guarda en la bolsa un paquete, pagando con un billete enorme. Él Merolico sale ofreciendo al público.

MEROLICO.—¿Cuántos? ¿Cuántos?... ¿Cuántos me dijo acá?.

Entra un merolico vestido de Faquir con un improvisado vestuario y una gran barba, notoriamente postiza, que se le está cayendo constantemente.

FAQUIR.—(*En el centro del escenario. Grave, dramático*) Damas y caballeros, yo no les pido otra cosa más que me regalen tan sólo unos minutos de su valioso tiempo. Yo, pensarán ustedes, seré tan solo un pobre loco... (*Gritando, enfurecido*) ¡Pero no! Yo soy el Faquir Alí Alabán, venido de la mismísima Persia para ayudarles con mis maravillosos poderes mentales. Y para que se convenzan, yo les voy a hacer una pequeña demostración... ¿Quién será el valiente voluntario al que le leeré sus sueños?... Aproveche ahora, porque después le voy a cobrar... (*Como nadie le responde, obliga al Estudiante, a pesar de sus resistencias, a pasar al centro*) ¿Usted?

ESTUDIANTE.—¡No, es que voy a llegar tarde a la escuela...!

FAQUIR.—(*Sin hacerle caso*) Muy bien. Le voy a pedir que por favor me cuente brevemente su último sueño. (*Al público*) Y a ustedes les voy a suplicar que guarden el más absoluto silencio para que me pueda concentrar completamente... (*Al Estudiante*) Lo escucho...

ESTUDIANTE.—(*Siempre inhibido*) ¿Qué... qué es lo que tengo que hacer?

FAQUIR.—Cuénteme su último sueño.

ESTUDIANTE.—¿El... último sueño?

FAQUIR.—Si es tan amable...

ESTUDIANTE.—Bueno, es que... Bueno. Pues estaba yo en la selva, ¿no?, y entonces, este... pues llegaba a una aldea, ¿no?...

FAQUIR.—(*Interesado*) ¿Una aldea en la selva, eh?... ¿Y entonces?

ESTUDIANTE.—Y entonceeeeeeeeees... pues... entraba a una así como choza, ¿no?, y este... eh... pues en el suelo había... (*ríe, nervioso*) pues es que había...

FAQUIR.—¿Sí? ¿Qué había en el suelo de la choza?

ESTUDIANTE.—Pues... unna chava... que estaba... que era... muy bonita, y pues estabaaaaaaa... (*ante la mirada inquisidora del Faquir*) pues... encuerada, en el suelo acostada, ¿no?, o sea...

FAQUIR.—Habla una dama sin ropa... ¿Y qué más?

ESTUDIANTE.—(*Nervioso*) ¡¿Qué más?! (*El Faquir asiente*) Pues es que... bueno... yo acercaba, ¿no?, yyy... pues, llegaba junto a ella, y... y ella me... me invitaba, así como... y pues entonces yo me... acostaba, este... en el suelo este, junto a ella, ¿no?... Y entonces, pues los dos

FAQUIR.—Suficiente. Le agradezco mucho, caballero, su valiosa información. Es un sueño difícil... Mire, la selva, (*enfaticando*) usted caminando por la selva es un elemento claro: usted camina por la ciudad, entre el ruido y el esmog. ¿No ha oído hablar de la selva de asfalto...? Por otra parte, la aldea a que lo conduce la selva no es otra cosa que la inevitable consecuencia a que lo conducirá esta atmósfera. Y esta consecuencia está simbolizada por la dama sin ropa: es algo que lo acecha, un peligro disfrazado de mujer, de sensualidad, que le dice: ¡ven, ven a mí!, y a cuyas fauces está usted a punto de entregarse. Su sueño le dice: ¡Cuidado!.. Y, relacionando

estos datos entre sí, tenemos que su sueño le quiere decir: ¡Ten cuidado! Viviendo en esta ciudad, aunque tú no te des cuenta, inevitablemente te acercas hacia un gran peligro. Y en la contaminada y reseca atmósfera de la ciudad, ¿qué otro podría ser el peligro que una enfermedad, quizá incurable, de las vías respiratorias?... ¡Ah, pero al igual que la mujer se halla encerrada en la choza, usted también puede encerrar a tiempo el mal que lo acecha!... Y precisamente, yo estoy ofreciendo un nuevo y más efectivo jarabe, el Tosetoxi (*muestra al público un frasco*) mire usted, que te quita en menos que se lo cuento las molestias causadas por la tos y el catarro. Usted se toma una cucharadita del fabuloso Tosetoxi, (*toma una*) luego un par de aspirinas, y las molestias, mire... (*hace un gesto ilustrativo*) lo dejan en paz por el resto del día. Su precio en el mercado es de tres mil pesos cada frasco, pero por única ocasión yo le voy a dar tres frascos por mil pesos, para que pueda ahuyentar definitivamente ese mal que lo acecha. ¡Haga caso a sus sueños!... ¿Cuántos le doy? ¿Tres?

El Estudiante, confundido por el discurso del Faquir, compra sin convicción los tres frascos. El Faquir se va vendiendo frascos entre el público.

FAQUIR.—Gracias... Tres por mil, tres por mil... Cuatro por mil, cuatro por mil... Cinco por mil, cinco por mil...

Se pierde entre el bullicio causado por los Merolicos, que, como al principio de la escena, se ponen a ofrecer su mercancía al público. El Estudiante permanece de pie, sin lograr asimilar la escena de que acaba de ser protagonista. De pronto, todos los Meralicos se echan a correr. El Faquir, antes de irse, todavía se detiene y le advierte rápidamente al Estudiante:

FAQUIR.—(*Sin barba, ni vestuario. Habla ahora normalmente*) ¡Vuélale, mano, que ahí viene el apañón! ¡La tira!, (*Sale corriendo*)

El confundido Estudiante no tiene tiempo de reaccionar, cuando ya se encuentra sujetado por varios Policías, quienes, entre golpes e insultos, se lo llevan a un rincón.

ESTUDIANTE.—¿Qué...?! ¡Yo...! ¡Yo sólo iba a la escuela...!
Como respuesta, los Policías lo insultan y golpean. Le sacan todo lo que pudiera traer de valor y lo dejan tirado en el suelo, doliéndose. Salen.

POLICIA.—*(Antes de salir)* ¡Tan chavito...!

Por, unos momentos, queda tirado en el suelo, doliéndose. Entra una Señora, por el público,

SEÑORA.—*(A un espectador)* ¡Ay, pero cuánto has crecido, si yo te conocí de este tamañito!... *(Indica un tamaño exageradamente pequeño)* ¡Ay, y tú igual! ¡Al rato ya no nos van a ver, sí siguen creciendo tanto!... *(Ríe mucho)* No, cómo crees: qué bueno que crezcas, que te hagas todo un hombrecito. Nada más no vayas a terminar como aquella señora que era tan, pero tan, pero tan tan tan alta, ¡qué vendía chicles en los aviones!... *(Vuelve a reír exageradamente. A otro espectador, de preferencia anciano)* ¡Paquito! ¡Cuánto que no te veo!... *(Corrigiéndose)* ¡“Paquito”! ¿Cómo te puedo seguir llamando “Paquito” si ya estás bien grandote?... ¡Pacote, te voy a llamar!... *(Ríe mucho)* ¿Cómo está mami, Pacote? ¿bien?... ¡Ay, qué bueno! Me la saludas, ¿eh? *(Lo besa... Llega frente al Estudiante, que sigue en el suelo. No distingue qué es. Curiosa, se pone sus anteojos. Cuando por fin lo distingue, alarmada)* ¡Un ladrón, un ladrón! ¡Socorro! ¡Un ladrón! *(Sale corriendo)*

El Estudiante, poco a poco, se incorpora. Busca sus cuadernos que, en la confusión, quedaron tirados por ahí. No los encuentra.

ESTUDIANTE.—*(Buscando cada vez más desesperadamente sus cosas en el espacio actuable y entre el público, Angustiado)* ¿Y mis cuadernos?...

¡Traía los apuntes de Naturales de todo el año!... ¡Y el libro de inglés, me lleva la...! ¿Ora cómo le hago para comprarme otro?... *(A espectadores)* Disculpe, ¿no vio por aquí unos cuadernos y un libro, así, usaditos?... Oye, discúlpame. ¿No has visto unos cuadernos de espiral y un libro con una calcomanía de Stephen Work?... *(Al público)* ¡Ya, devuélvanme mis libros, no sean ojetes!... *(Abatido, se aleja lentamente del lugar, volteando de vez en cuando, con alguna esperanza todavía)*

Salen de entre el público los dos Asaltantes y se colocan frente a él, amenazándole con cuchillos y garrotes.

UN ASALTANTE.—¡Tranquilito, tranquilito y no te pasa nada... !

El Otro Asaltante hace el movimiento para quitarle su reloj pero se percate, contrariado, de que no tiene.

OTRO ASALTANTE.—¿Qué esperas? ¡Todo lo que traigas!

El Estudiante se queda inmóvil, asustado, sin saber qué hacer.

UN ASALTANTE.—¡Pero vuélale, carajo!

Le mete las manos en los bolsillos y los revisa.

ESTUDIANTE.—*(Asustado)* No... no traigo nada. Se los juro...

UN ASALTANTE.—*(Al comprobar lo que dice)* ¡No es posible...!

El Otro Asaltante, no pudiendo dar crédito a lo que dice su amigo, revisa rápidamente al Estudiante. Al comprobar que no trae nada, azota su garrote al suelo.

UN ASALTANTE.—*(Entre irritado y desesperado)* ¡Es que esto ya es el colmo! Hemos tratado todo: fuimos campesinos, obreros, burócratas, barrenderos, albañiles, choferes, vendechicles... Y cuando ya no nos queda otra que convertirnos en asaltantes para poder vivir... ¡los tipos a los que asaltamos están igual de fregados que nosotros!

OTRO ASALTANTE.—¡Es que...! ¡Caray, qué le costaba, por una vez traer algo de valor, no sé...! ¡Aunque fuera un relojito de esos baratones del metro!

ESTUDIANTE.—Discúlpeme, ¡pero es que ya hasta mis cuadernos me han robado en esta obra, caray! ¿Qué quieren que traiga?... ¡Y para colmo, ya estoy retrasadísimo para la escuela!...

OTRO ASALTANTE.—¡Qué les digo... ! Bueno, ni modo. Ahí la vemos...

Salen.

ESTUDIANTE.—Orenle... Y ya saben, no fue mi culpa... *(De mal humor)* ¡Ay, ya no llego a la primera hora...!

El Estudiante hace la mímica de recorrer rápidamente interminables calles, orientándose frecuentemente. Mientras tanto, entra el Maestro —puede portar una máscara en la cara— con un enorme tambache de hojas bajo el brazo. Se coloca en el centro del círculo de actuación, y, anotando sin alzar la cabeza, pasa lista.

MAESTRO.—*(Muy rápidamente)* González... González... González... González... González:

De todos los puntos del círculo de espectadores, los Chavos compañeros del estudiante responden, también rápidamente y levantando la mano.

CHAVOS.—¡Presente!... ¡Presente!... ¡Presente!... ¡Presente!... ¡Presente!...

MAESTRO.—González... ¡González!... ¿No está González?... ¡Ah, ese González nunca entra a clase! Si lo ven le dicen qué por lo pronto ya se fue a extraordinario... González... González.

Mientras tanto, el Estudiante, al escuchar su apellido, ha volteado, extrañado, hacia todos lados, y luego, angustiado, sin saber de dónde

proviene la voz, ha tratado de responder, mas sin saber hacía dónde. Cuando el Maestro reanuda la lista, el Estudiante, abatido, reanuda a su vez su camino. Después de recorrer varios pasillos y escaleras, llega finalmente a su salón en el momento en que el Maestro ha terminado de pasar lista. Hace la mímica de abrir, apurado, la puerta.

ESTUDIANTE.—(*Jadeante*) ¿Puedo pasar?

MAESTRO.—(*Haciendo un gesto, categórico*) ¡Para afuera!

ESTUDIANTE.—¡Ay, por favor...!

MAESTRO.—(*Idem*) ¡Para afuera!

ESTUDIANTE.—¡Ay, maestro, qué le cuesta...!

MAESTRO.—¡Ya acabé de pasar lista! ¡Andale!

ESTUDIANTE.—¡Orele, ya sabe que yo nunca faltó...!

MAESTRO.—(*Fastidiado*) ¡Ya, ni cosas traes, pa' qué le haces al cuento!

ESTUDIANTE.—¡No fue mi culpa, se lo juro!... Primero se descompuso el camión y luego me asaltaron unos policías...

El Maestro hace un gesto de cínica incredulidad.

ESTUDIANTE.—¡De veras, maestro! ¡Si quiere míreme los moretones, revíseme los bolsillos...!

Le extiende un brazo, que el Maestro revisa rápidamente.

MAESTRO.—¡Hijos, cómo son!... ¡Serían capaces de pegarse un tiro para hacerlo a uno creer que los asaltaron!... (*Se da media vuelta*)

ESTUDIANTE.—(*Desesperado*) ¿‘Tons qué? ¿Si?

MAESTRO.—(*Fastidiado*) ¡Ay, bueno, ya, pásale! ¡Pero mañana sin falta quiero hablar con tus papás! ¿eh?

El Estudiante, resignándose de mala gana, se incorpora al círculo de espectadores.

MAESTRO.—(*A cualquier espectador*) Bien, ¿qué vimos la clase pasada?... ¡Sí, tú, no te hagas!... No estudiaste, ¿verdad?... Bueno, tú te lo estás buscando, ¿eh?, luego no me vengas a lloriquear...

Algunos Chavos ríen. El Maestro anota en la lista el punto menos.

MAESTRO.—¿Alguien quiere dar la clase?

Silencio.

MAESTRO.—¡Son una bola de flojos, eso es lo que son!... ¡Así nunca van a llegar a nada!... Bueno ya perdí mucho tiempo. Vamos a empezar la clase... (*Toma las hojas. Lee una, como si dictara*) La Familia... La Sociedad... La Juventud... El Progreso... (*Tira un papel, Su tonada se va volviendo cada vez más demagógica*) ¡Democracia!... (*Tira otro papel*) ¡Derechos!... (*Tira otro*) ¡Obligaciones! (*Así, tirando solemnemente un papel por cada término que dice, continúa su discurso, compuesto exclusivamente por palabras como*) ¡Futuro!... ¡Ustedes!... ¡Esperanza!... ¡Trabajo!... ¡Adolescencia!... ¡Desarrollo!... ¡Unión!... ¡México Mejor!... ¡Valores!... ¡Dedicación!...

Conforme se va desarrollando su discurso, el maestro se va acalorando; paralelamente, los Chavos comienzan a echar relajo. Primero, discretamente, temeroso, alguno avienta un avioncito de papel. Algún otro lo secunda. En poco tiempo, todos los Chavos, abiertamente, sin la menor reserva, juegan fútbol, guerritas, se hacen bromas, se persiguen, se cuentan chistes...

MAESTRO.—(*Terminando su discurso, echa al aire cada vez más papeles*) ¡instituciones!... ¡Revolución!... ¡Juventud!... ¡México!... ¡México!... México!!... (*Avienta el aire todos los papeles, solemne, en la cúspide del acaloramiento*)

El relajo llega a su clímax. Al Maestro le caen papeles, lo empujan, pero no varían en nada su solemne posición. De pronto, todos se callan al ver en la

puerta al Director de la Escuela, quien permanece silencioso, con un gesto duro en su rostro. El Maestro, en cuanto se percata de su presencia, lo atiende lambisconamente, exageradamente amable; el Director no le hace caso, y continúa observando, duro, a los temerosos Alumnos. Aun cuando éstos ya llevan un buen rato en absoluto silencio, él no se Inmuta. Por fin.

DIRECTOR.—*(Seco, con voz grave, a los actores y el público)* ¿Se puede saber con permiso de quién están haciendo esto?... *(Nadie osa contestar)* ¡Pregunté que quién les dio permiso de hacer esto!... *(Silencio)* ¿Quieren que se los diga?... ¡Nadie! ¡Absolutamente nadie... ¿No les da vergüenza? ¡¿no les da vergüenza?!

UN CHAVO.—*(Tímido)* Sólo estábamos echando tantito relajo...

DIRECTOR.—No, pero yo no me refiero al relajo. No me importa que echen o no echen relajo... Yo les pregunto cómo se atreven a presentar este tipo de obritas, así, descaradamente, aquí en la escuela, en nuestras narices. Porque no les basta con su relajito, tienen que fregar, ¿verdad?... tienen que hacer una obra que nos caricaturice, ¿no?, en la que todos hagan lo que quieran sin que nadie les diga nada, en la que el maestro sea este sujeto ridículo... *(Señala al Maestro, quien se torna serio)* Claro, Para eso sí sirven, ¿verdad?, pero para estudiar... ¡ah, eso ya es otro rollo, como dicen ustedes!... ¿Y piensan que van a llegar a algún lado con lo que están haciendo?... ¡Ah, pero no crean que yo voy a permitir que en Mi escuela se hagan este tipo de cosas, nonononono!... ¿Saben qué les digo?... ¡Que esto se acabó! ¡Esto se acabó! *(Sale, enojado)*

Por unos momentos, Todos permanecen en silencio. Luego el Estudiante dice, mientras el Maestro se quita su improvisado vestuario y se convierte en un Chavo más.

ESTUDIANTE.—¿Esto se acabó?... *(Al público, divertido)* ¡Así como la ves...!

Si se presenta en toro, oscuro; si al aire libre, los actores agradecen. Lo ideal sería que la obra se disolviera con todos —actores y espectadores— jugando un futbolito, o algo así...

FIN